

La corrupción de la inocencia en “Macario” y “El juego”

Silvia Quezada Camberos
Universidad de Guadalajara

Dalia Peña Trujillo
Universidad de Panamá

Olivia Morán Núñez
Universidad de Panamá

Edgar Leandro Jiménez
Universidad de Guadalajara

Resumen: El análisis comparativo entre los cuentos “Macario” del mexicano Juan Rulfo y “El juego” del panameño Pedro Rivera arrojó resultados que permitieron advertir temáticas comunes, como el abuso de mujeres adultas hacia varones jóvenes debido a la ausencia de la figura materna y del deseo sexual de ellas. El engaño se hizo presente por medio del juego y de la protección en apariencias inocentes, donde la suplantación de los roles de la adulta bienhechora se corrompió por sus deseos carnales; los dos discursos literarios dejan a la interpretación del lector el acontecer de los hechos. El acercamiento a los textos tuvo el objetivo central de comparar dos realidades geográficas distintas, pero culturalmente semejantes. El interés de la lectura analítica comparada de ambas creaciones surgió dentro de la cátedra de la asignatura de Literatura Mexicana del siglo XX, de la Universidad de Guadalajara, la cual admitió apreciar no sólo tópicos compartidos, sino recursos literarios y sobre todo elementos culturales presentes en los dos textos donde el abuso y la corrupción de los infantes se debió a aspectos de malicias ocultas en actos de abrigo a los débiles.

Palabras clave: Cuento hispanoamericano, literatura comparada, abuso sexual infantil, Juan Rulfo, Pedro Rivera.

The corruption of the innocence in “Macario” and “The play”

Abstract: The comparative analysis between the tales “Macario” of the Mexican Juan Rulfo and “The play” of the Panamanian Pedro

Rivera threw results that allowed warn common issues, such as abuse of adult women to young men due to their absence of the mother figure and desire sexual of them. The cheated was presented through of the play and the protecting in appearance innocent, where the spoofing of the adult woman roles beneficent was corrupted by carnal desires; both literary discourses leave the reader's interpretation the occurrence of events. The approach to the texts had the central objective of comparing two different geographical performed, but culturally similar. The interest of analytic comparative reading of both creations arose within the cathedra of the course of the Mexican Literature of the twentieth century, of the University of Guadalajara, which admitted to appreciate not only shared topics, but mainly literary resources and cultural elements present in the two texts where the abuse and the corruption of infants it was due aspects of hidden wickedness in acts of shelter to the more weak people.

Keywords: Spanish American tale, comparative literature, child sexual abuse, Juan Rulfo, Pedro Rivera.

INTRODUCCIÓN

El objetivo de este artículo es comparar dos cuentos hispanoamericanos escritos en geografías distintas, pero que comparten una historia sociocultural común: “Macario” del mexicano Juan Rulfo y “El juego” del panameño Pedro Rivera. A la fecha no hay datos académicos donde existan antecedentes analíticos de comparación de estos dos relatos, en función de un acercamiento tal en estudios literarios.

El trabajo comparativo se centra en el abuso sexual infantil cubierto de protección, pero resulta ser un acto erótico de pseudo-incesto. Sin embargo, también observa factores como el miedo, la manipulación, la mentira y aquellos elementos concernientes al juego de poder que ejercen los adultos sobre los niños dentro de una sociedad basada en relaciones intersubjetivas verticales, es decir, comunidades jerarquizadas donde la cabeza de familia es el padre, le sucede la madre y los hijos del mayor al menor. Por ello, el artículo tiene una mirada analítica desde lo social y lo literario, dos disciplinas que contribuyen a los conocimientos que aportan la mirada holística del quehacer de la literatura comparada.

Si bien es cierto que el texto rulfiano ha sido estudiado desde múltiples ópticas a partir de su primera aparición en la Revista *Pan de Guadalajara*, en noviembre de 1945 –fue el tercer cuento publicado por Juan Rulfo, aunque casi desconoce su primero “La vida no es muy seria en sus cosas”, el cual apareció en la *Revista América* 40, en 1945 (Jiménez de Báez, 1989: 587)–, y a nivel nacional

se publicó "Macario" en la *Revista América* 48, en junio de 1946, y sobre todo, luego en la compilación en el libro *El Llano en llamas* de 1953. No obstante, el cuento "Macario" no se ha comparado con ningún otro de la geografía literaria panameña, por ello se reflexiona como provechosa para la comunidad científica un trabajo de esta índole.

El cuento "El juego" de Pedro Rivera ha sido abordado en una reseña general a su libro *Peccata minuta* (1969), hecha por Enrique Jaramillo Levi en 1971, quien es además de crítico cuentista, poeta y ensayista. Otro acercamiento lo realizó Robert Allen Goodrich Valderrama (2014), escritor, poeta y gestor cultural de la paz –ambos intelectuales son de origen panameño–, sin que el tema central de sus análisis haya sido similar al realizado ahora –la corrupción de la inocencia– para el presente artículo.

Cabe mencionar que el cuento analizado del escritor panameño vio la luz gracias al premio obtenido en el concurso "Ricardo Miró" de 1969 –ganó también ese año el mismo reconocimiento en poesía con *Los pájaros regresan de la niebla*, años después (en el 2000) lo volvió a ganar con la obra *La mirada de Ícaro*. Además obtuvo esta distinción de nueva cuenta en narrativa en 1993 por *Las huellas de mis pasos* y en el rubro del ensayo, en 2004, por *Condición humana, invasión y guerra infinita*–, los cuales son ofrecidos hasta hoy por la Dirección de Cultura, organismo estatal que se ocupa de dicho certamen. Se debe tener en cuenta que en Panamá la publicación de libros resulta una empresa en sumo complicada, debido a la casi nula presencia de editoriales de distribución nacional e internacional, y a los elevados costos de producciones librescas.

MATERIALES Y MÉTODOS

El análisis comparativo entre ambos cuentos buscó analizar temáticas referidas en los dos textos hispanoamericanos –"Macario" de Juan Rulfo y "El juego" de Pedro Rivera–, donde el tópico central fue el abuso carnal de mujeres adultas hacia varones jóvenes, aspecto que las colocó como seres perversos disfrazados de proteccionistas. La comparación analítica se germinó de las lecturas por parte de estudiantes de la asignatura de Literatura Mexicana del siglo XX, de la Universidad de Guadalajara (México), dentro de un seminario comparativo llevado a cabo el día 30 de octubre 2015.

El acercamiento a los textos se llevó a cabo con el método comparativo, el cual resulta ser "un procedimiento de búsqueda de similitudes o diferencias léxicas, fonéticas, semióticas y semánticas con el propósito de estudiar sus vínculos y con ello reconstruir [en lo lingüístico] el parentescos de lenguas comparadas y significados compartidos y [en lo social] los elementos culturalmente

compartidos y soportados por sociedades en sus mayores variantes similares” (Grosser, 1973: 9); lo cual permitió la utilización de dicho método, al igual que cualquier otro análisis empírico y abstracto referido al diseño de métodos comparados. En futuras investigaciones se pueden tomar elementos sociales, históricos y culturales de agrupaciones con bases comunes y recreadas en textos literarios para establecerse como objeto de estudio dentro del campo de la literatura comparada.

Cabe explicar que el componente semántico, perteneciente al método comparativo, admitió el análisis temático (el abuso sexual) de ambos relatos hispanoamericanos por considerar que en estas sociedades, entendidas históricamente como vulnerables y sometidas a grandes potencias extranjeras y al poder religioso, se sitúan estratos y jerarquías similares, además de conllevar, para el periodo histórico donde se ubican, comunidades rurales y por ende más cerradas que las citadinas.

RESULTADOS

El episodio pedagógico del seminario comparativo con los estudiantes situó la discusión no sólo de los tópicos estructurales de los textos (son cuentos, narraciones hispanoamericanas que comparten modelos de “la escuela del realismo” (Seymour Menton, 2001), entre otros elementos, sino que se pudo agregar, con base en los análisis, el adjetivo *ficcional social* a dichos relatos, debido al tipo de narradores, focalizaciones, recursos literarios –metáforas, símiles, analogías, entre otros– y aquellos aspectos regionales en torno al lenguaje y a las prácticas culturales. No obstante, el tópico discutido fueron los abusos sexuales presentes en ambos discursos y sociedades –sin desconocer que pasa en toda colectividad humana–; lo cual admitió apreciar la figura de la corrupción de la inocencia de manera clara, pero sin causar asombro.

La anécdota de los dos cuentos abordó el abuso sexual incestuoso porque las mujeres abusadoras toman el papel de madres para poder engañar a los infantes, y por ende la corrupción de dichos jóvenes. En el relato de Rulfo el protagonista tiene una clara deficiencia mental (“retardado” diría el propio autor), para quien sus únicas metas en la vida eran comer –tenía un hambre firme y perpetua–, no irse al infierno, no tener “el miedo a la condena eterna, de la muerte sin resurrección” (Jiménez de Báez, 1989: 580), y por estas causas no vería a sus padre en el Purgatorio –allí lo estarían esperando–; la narración del cuento vuelve a Macario “el sujeto de la narración” (Calderón Noguera, 2010: 39), quien desde el monólogo interior –la enunciación la realiza el sujeto como emisor y receptor del habla hecha discurso (55)– cuenta inocentemente que,

y al parecer sin estar consciente de ello, sufre abusos sexuales de Felipa, y de su madrina aborda que lo amarra cuando van a la iglesia sin darse cuenta del porqué pasa esto.

En el texto "El juego" de Pedro Rivera la anécdota también resulta ser el abuso sexual, pero un tanto consensuado por los niños-sobrinos de la tía Paulina. En este caso la tía engaña a los dos sobrinos citadinos para satisfacerse sexualmente por medio de la succión de sus pezones:

– ¿Por qué no jugamos a la vaquita y el ternero?

La voz de la tía es dulce, el tono tranquilo. Acaricia la cabeza revuelta de los niños los aprieta contra su pecho, amorosa.

– Sí tía.

– No lo dirán a nadie, ¿verdad?

– ¿Ni a la abuela Rufina?

– A nadie, sino no sirve. Es un juego de los tres. No los regañaré más si guardan el secreto.

– Sí tía.

La tía Paulina desabotona la blusa y suelta los sostenes. Los pezones asoman como soles morenos, duros, alcanzan el nivel de los rostros de Juan y Carlos.

– Miren, soy la mamá vaca. Ustedes son mis terneros (Rivera, 1972:21).

Los niños parecen estar de acuerdo, pero el motivo detrás de su decisión resultó sacarle provecho a la mujer, quien al parecer está de acuerdo con eso; los beneficios para ella son sexuales y para ellos pareciera que al manipularla por no revelar el secreto los dejará jugar hasta tarde y hacer lo que les plazca, aunque parezca que los regaña:

La tía Paulina friega los trastes y mira a sus sobrinos en el rabo del ojo corretear junto al asadero de pepitas, tiznándose.

–Juan, Carlos, aquíétense o.

Los niños cancelan el retozo y miran a la tía sin pestañear, sin temor. La acorralan en silencio, la vaca al corral, las vacas no pegan a sus terneros, las vacas mastican la hierba mientras el ternero retoza en el potrero. La tía sonríe turbada, en su corral de recuerdos. El juego es el juego. Vuelve la vista a los trastes, impotente. Juan y Carlos bajan correteando por la pendiente de la quebrada (Rivera, 1972: 22).

En ambos cuentos el abuso es sexual –ellos (los tres niños) succionan la leche de los senos de las hembras abusadoras (Felipa y la tía Paulina) –, ello contiene múltiples consecuencias donde las mujeres adultas suplantaron la figura de las madres de los infantes –uno es huérfano y los otros dos están de vacaciones en la casa rural de la abuela–, a quienes sometieron sin estar conscientes de dichos actos de corrupción de la inocencia por un gozo.

En “Macario” es Felipa quien corrompe al infante, además de abusar de la patrona, de quien es criada. Ella representa para el niño “retardado-enfermo-especial” una madre, un sostén, pero también alguien que lo va a salvar. Para ella es una amante, la cual le daba de comer al niño cumpliendo el “papel de protectora, alimentadora con una acentuada relación erótica [...]”. Esta relación Felipa-Leche adquiere el poder de punto de ignición” (Calderón Noguera, 2010: 51) del atropello canal.

Dicho trance incestuoso –ella siente ser madre al alimentar a su pequeño– contiene aspectos de culpa y de deseo, pues Felipa representó para él la madre que resguarda y la mujer que complace, pero también la que muestra el pecado, la culpa y con eso la idea fija de la relación miedo-Infierno, Dios-cielo:

Felipa dice, cuando tiene ganas de estar conmigo, que ella le contará al Señor todos mis pecados. Que irá al Cielo muy pronto y platicará con Él pidiéndole que me perdone toda la mucha maldad que me llena el cuerpo de arriba abajo. Ella le dirá que me perdone, para que yo no me preocupe más. Por eso se confiesa todos los días. No porque ella sea mala, sino porque yo estoy repleto por dentro de demonios, y tiene que sacarme esos chamucos del cuerpo confesándose por mí. Todos los días. Todas las tardes de todos los días. Por toda la vida ella me hará ese favor. Eso dice Felipa. Por eso yo la quiero tanto... (Rulfo, 2010:63-64).

Felipa sabe lo que hace, por tanto, busca la salvación de Dios por sus pecados. Le dice a Macario que va por él, y tiene sólo la intención de salvarlo. Este acto representa otro tipo de engaño, pues la mujer adulta modifica sus preocupaciones para que el niño entienda le hace un favor, por ello él guarda el secreto ante la madrina y los demás porque seguro se salvará de ir con los demonios que moran en los infiernos.

En “El juego” la corruptora de los menores es la tía Paulina, quien además de representar la madre para los jóvenes simboliza la amante carnal llena de instintos animales, por eso se compara con una vaca y a ellos les nombra terneros. Esta relación también resultó ser incestuosa, y estuvo basada en el deseo; es la clave en todo el relato de Pedro Rivera, pues constituyó la cosmovisión de una fémina del campo llena de atavíos morales, religiosos y, sobre todo, sexuales reprimidos, los cuales sólo encontraron salida al engañar a los infantes.

Este juego resultó ser una trampa sexual, donde los “terneritos” cayeron en las zarpas de la vaca-madre. Ella ambicionó ser “una mujer, con ansias maternas frustradas y de deseos sexuales igualmente insatisfechos. Aprovechó su autoridad para imponerle a sus sobrinos el silencio necesario, que exigió la discreción después de terminado el ‘juego’” (Jaramillo Levi, 2002: 36). De esta manera, los resultados obtenidos en la comparación narrativa se pueden visualizar en el siguiente cuadro analítico:

Protagonista(s) de los cuentos	Abuso y corrupción de la inocencia	Las contrapartes de los abusos
<p>En el cuento "Macario" de Juan Rulfo el protagonista del relato es un joven del mismo nombre, quien se expresa por medio del monólogo interior. Es un joven retrasado mental que sólo desea saciar su apetito perpetuo, sus ganas de no condenarse en el Infierno, su condena eterna y no ver a sus padres en el Purgatorio</p>	<p>Abusa de él Felipa, quien lo alimenta con comida, sexo, religiosidad y miedos de condenación. Ella representa la salvación para Macario, pero también es quien peca al darle leche de sus senos porque representa un abuso sexual, el cual provoca la corrupción de su inocencia; ellos dos son seres inferiores en la escala vertical de su sociedad rural, pues están en condición de marginalidad</p>	<p>La madrina es quien se vuelve la figura paterna, proveedora de la comida, del hogar, la religión y del dinero. Ella representa la prohibición y la obligación; figura la moral religiosa que abusó del infante asustándolo con la condenación eterna</p>
<p>En el cuento "El juego" de Pedro Rivera la protagonista es la tía Paulina y los dos sobrinos, Juan y Carlos. La mujer tiene deseos carnales e ímpetus de ser madre con sus sobrinos, ambos gustos lo lleva a cabo, saciando así sus deleites carnales con y por infantes que representan la inocencia</p>	<p>Abusa la tía Paulina de dos jóvenes ciudadanos cuando éstos van a vacacionar a un ambiente rural –están en sus terrenos y fuera de la mirada de la madre y de la abuela Rufina–. Ellos acceden al "juego" por el interés de jugar sin reprimendas, y están de acuerdo en las reglas de la mujer adulta; en todo momento sacan ventaja del juego de la vaca y de los terneros propuesto por la tía Paulina</p>	<p>La abuela Rufina representa la autoridad de los tres protagonistas, a quien no se le debe decir nada del juego, porque lo estropearía; ella es quien tiene el control moral y social de la casa y de la vida de la tía y los sobrinos invitados; simboliza las reglas de la sociedad y de la religión en esa comunidad rural</p>

Protagonista(s) de los cuentos	Abuso y corrupción de la inocencia	Las contrapartes de los abusos
<p>El abuso sexual infantil como tema literario y social de dos cuentos hispanoamericanos, los cuales comparten costumbres culturales e historias, pero están geográficamente distantes.</p> <p>Los cuentos rebasaron la perspectiva de sus personajes, fueron considerados en este análisis relatos de <i>ficción social</i></p>	<p>El deseo sexual de mujeres adultas por niños inocentes e ingenuos, a quienes no les importa corromper a infantes por el hecho del placer carnal y psicológico</p>	<p>La madrina y la abuela simbolización la conciencia social, moral y religiosa de comunidades rurales basada en un modelo vertical de jerarquías y estatus, en torno a relaciones intersubjetivas de convivencia y orden</p>

DISCUSIÓN

Las narraciones ficcionales sociales de Juan Rulfo y Pedro Rivera abordan temas de relevancia cultural y moral como lo es la corrupción de la inocencia a manos de mujeres adultas deseosas de ser madres y féminas sexualmente complacientes, pues toman un aspecto carnal para construir universos narrativos e históricos compartidos por los dos pueblos hispanoamericanos, México y Panamá.

En el cuento “Macario” el personaje central es un niño/adolescente, quien sabe que la obediencia es fundamental y básica para sobrevivir en el contexto donde habita, la casa de la madrina y, sobre todo, en el ámbito de los estratos de una comunidad rural. Si él desea recibir comida, aparentemente su principal preocupación de vida, debe lavar los trastes porque a él le toca: “Lo de acarrear leña para prender el fogón también [le] toca” (Rulfo, 2010: 62). Barre la calle y se mete a su cuarto antes de que amanezca, para no ser visto por ninguno, porque luego lo agreden física y psicológicamente.

Su rol en el ámbito doméstico, compuesto por dos mujeres adultas (la madrina y Felipa) y él mismo, es el acatamiento de todas las órdenes, de hecho, una de

las instrucciones es matar el canto de las ranas y el croar de los sapos, ruidos molestos para la madrina, personaje que encarna el orden y trastoca "el papel del hombre, la prohibición, la obligación" (Calderón Noguera, 2010: 61). Por eso debe cumplir el mandato de sentarse junto a la alcantarilla con una tabla en la mano donde ha de golpear a los batracios, "apalcuacharlos" a todos ellos.

Para el mismo Donald Freddy Calderón Noguera (2010) Macario carece de decisión propia, y la poca justificación sobre su existencia y quehaceres representa su propia negación ante los demás y sus contextos físico y cultural, en especial frente a la madrina y a Felipa. No obstante esto, la relación de poder en la cual está inmerso el adolescente "especial" lo asusta, pero también lo salvaguarda a la vez; ese poder sobrenatural es la madrina, quien "lo protege, le regala un escapulario, le da leche los domingos, le permite vivir en el cuarto; que es otra forma de poder justificado no en el afecto sino en la convicción cristiana de la misericordia y su posibilidad de recompensa divina" (Calderón Noguera, 2010: 58); así como el primer hombre bíblico recibe prohibiciones.

Dicha madrina no lo deja salir a la calle, y cuando lo hace es porque va acompañado de ella hacia la iglesia con las manos atadas al rebozo. La dominación se ejerce a través del miedo infundido a Macario por las dos mujeres, la madrina y Felipa; ambas matronas le inducen miedo, temor de irse al Infierno si no atiende las órdenes y deja de golpearse la cabeza, y de dejarse tocar y alimentar de los senos de Felipa, quien tiene una leche buena y caliente.

Cada una de ellas dos tiene una manera de asustarlo, pero sólo Felipa provee la fórmula para que él se olvide de todos los miedos, aunque sea por unos momentos, y es cuando se acerca de noche a su cuarto para, al tiempo que le da de comer de sus pechos, provocarle cosquillas por el cuerpo y quedarse dormida a su lado, casi hasta el amanecer. Este juego sexual se describe implícito cuando, en voz de Macario expresa:

Felipa antes iba todas las noches al cuarto donde yo duermo, y se arribaba conmigo, acostándose encima de mí o echándose a un ladito. Luego se las ajuareaba para que yo pudiera chupar de aquella leche dulce y caliente que se deja venir en chorros por la lengua... Muchas veces he comido flores de obelisco para entretener el hambre. Y la leche de Felipa era de ese sabor, sólo que a mí me gustaba más porque, al mismo tiempo que me pasaba los tragos, Felipa me hacía cosquillas por todas partes. Luego sucedía que casi siempre se quedaba dormida junto a mí [...]. Y eso me servía de mucho; porque yo no me apuraba del frío ni de ningún miedo a condenarme en el Infierno si me moría yo solo allí, en alguna noche... A veces no le tengo tanto miedo al Infierno. Pero a veces sí. [...] Pero viene Felipa y me espanta mis miedos. Me hace cosquillas con sus manos como ella sabe hacerlo y me ataja el miedo ese que tengo de morirme. Y por un ratito hasta se me olvida... (Rulfo, 2010: 63).

La indefensión de Macario es absoluta. Para el chico los escarceos significan cosquillas y alimento, no acto sexual. Para muchos investigadores el cuento de Rulfo tiene temáticas diversas, pero sobre todo la del poder. Para Donald Freddy Calderón Noguera (2010) la base del cuento estriba en relacionar la leche de Felipa entre alimento y el erotismo. Ella tiene el sitio, lugar del cuerpo, dador de alimento y proveedor de placer sexual desde tiempos ancestrales, los senos, elementos que a todas luces simbolizan capacidad de amantar a las crías y bienestar de salud, y del mismo modo aluden a la firmeza y al placer sexuales. Por tanto, él se da cuenta de que Felipa posee unos bultos donde él tiene solamente costillas. En este triángulo elemental, primitivo por el aspecto de los instintos, aparece el intertexto bíblico, cuando el Creador saca de una costilla del primer hombre (Adán) a la primera mujer (Eva).

En el Génesis bíblico el Paraíso era un lugar deleitoso, un jardín de árboles, flores y frutos, donde el hombre recién creado gozaba de la potestad de nombrar a cada uno de todos los seres, y de servirse para su alimento de aquello que le apeteciera. Ante la desobediencia de las palabras del Creador, con respecto a privarse de un solo fruto, el hombre fue condenado al trabajo: "Maldito sea el suelo por tu causa: sacarás de él el alimento con fatiga todos los días de tu vida" (Génesis 3, 17). Dicha faena del hombre fue provocada por la mujer, al igual que Felipa engaña a Macario, produciéndoles a los humanos alimentarse con el sudor de sus frente, la tensión de sus músculos, la fatiga y el extremo desaliento.

Para Diane E. Hill (2010) los cuentos de Juan Rulfo reconstruyen mundos y escenarios grotescos, en especial en "Macario", donde los protagonistas ejemplifican no solo personas de carne y hueso, sino seres que sufren las condiciones más humanas posibles: "integración de distintas culturas e ideologías, desintegración de las bondades y las ayudas, intensificación de los castigos y las culpas que se deben de pagar aquí en la Tierra, en ningún más allá se liquidarán" (333). Agrega que los mundos rulfianos están poblados de "niños retardados, mujeres malas y otras de mala fama, hombres insatisfechos con sus condiciones sociales y morales y que todos son incapaces de efectuar algún cambio" (334). Ella llama a Macario retardado por su discurso, en especial por el uso excesivo de la "y", porque:

hay una serie de repeticiones que figuran en primer plano como parte del estilo de nuestro autor. Por ejemplo, en el cuento de 'Macario', en el cual habla un niño retardado, hay una serie de frases que empiezan con 'Y'. [...] La técnica muestra dos fuerzas que operan en la vida del niño: el deseo de hacerse coherente y ser entendido, y su defecto mental que no se lo permite (Hill, 2010: 337).

Estos contextos de desgracias y mundos grotescos recreados por Juan Rulfo encierran dolores, abusos y sofocan todo dejo de esperanza, serán

la representación de "la marca de Caín", la cual produce la escisión de sus colectividades en esos espacios donde se angostan las vidas hasta no dar cabida a los hombres" (Jiménez de Báez, 2010: 579). Es por ello que estos escenarios conllevan presentes eternos, llenos de continuidades sin posibilidades de escapes, repletos de aquello que Thomas E. Lyon (1999) menciona: futilidad, tierras estériles, vidas sin propósitos y muertes inútiles. Las relaciones humanas son, entonces, infecundas en función de ser inservibles debido a los constantes abusos y corrupciones.

En "El juego", cuento del panameño Pedro Rivera, los personajes activos son tres: dos niños, Juan y Carlos, y la tía Paulina; el personaje pasivo es la abuela Rufina. El texto comienza con una orden: —Juan, Carlos, entren a casa (Rivera, 1970: 18). Los niños no contestan, demoran en acatar la petición a pesar de la advertencia de golpes si no hay obediencia; saben que ella "no hará nada de lo que dice" (19).

La mujer (la tía) finge estar molesta y deja que ellos se desnuden para lavarse el lodo de los cuerpos untado en los juegos a campo abierto, sin restricciones, entre caballos, aguas del río y la extensión campirana lóbrega y desafiante para los ciudadanos. Una vez en el ojo de agua, se posa donde ellos se localizan y se lavarán juntos, les pregunta con tranquila y dulce voz, mientras acerca sus cabezas contra su pecho: "—¿Por qué no jugamos a la vaquita y el ternero?", y agrega socarronamente "—No lo dirán a nadie, ¿verdad?" (21). El juego es de los tres protagonistas. Ninguna otra persona debe enterarse sentencia la tía Paulina, ni la abuela Rufina, ni la madre de los niños que está en la ciudad, quien les permitió fuera de vacaciones porque los niños viven con ella.

La tía se descubre su cuerpo, les muestra los senos y les ordena comer de ellos. Los niños entienden astutamente el juego y ejecutan la acción con aparente gusto. El símil con la vaca en el corral no da lugar a equívocos, allí hay dos ubres gordas e hinchadas destinadas al juego de alimentación-satisfacción, por los cuales debe ser succionada la leche (símil con la leche materna, la de vaca y la de otros animales, además posiblemente el color blanquecino del lácteo equivalga en algo al color del semen masculino), y por los niños-terneritos chupan obedientes a la tía-vaca; ellos creen que es por cuestión de ser nutridos durante el juego, pero ella busca sólo el acto de satisfacerse por el acto erótico:

Los niños perciben la imagen de la vaca en el corral, esa tarde. Entienden el juego, el ternero entre las patas de la vaca, pegado a la ubre gorda, amamantándose, espantando las moscas con el rabo. Entienden. La vaca muge tierna, los ojos perdidos en el horizonte del establo, rumiando la hierba. Ese es el juego de la tía, fácil, entretenido. Pegados al calor del cuerpo de la vaca ahuyentan el frío de la noche. La tía muge también, como la vaca" (Rivera, 1970: 21-22).

Los críos no pueden satisfacer por ellos mismo sus necesidades para sobrevivir, pues dependen de otros, generalmente adultos, para la alimentación, la protección, la salud, lo emocional y lo afectivo. Esta incapacidad la van superando en forma natural, a menos que haya situaciones adversas como parece ser el caso de Macario, quien por su retraso mental mantiene una incapacidad que ya debía haber superado si aceptamos que él parece tener de 15 a 20 años.

Esa condición de vulnerabilidad de los pequeños da cierto poder al adulto: los niños están en sus manos y harán lo que se les mande. De alguna manera ellos perciben esto, y lo que resulta es una consecuencia lógica, deben hacer todo lo dicho u ordenado por la madura tía Paulina. Ahí radica la fuente de su poder, el cual puede ser usado de buena o mala manera. Si se usa negativamente una consecuencia podría ser el abuso de cualquier tipo: físico, emocional, sexual entre muchos otros; otra podría ser la negligencia y en muchos casos la muerte. Si lo hace de buena forma, los infantes se educarán y crecerán como hombres y/o mujeres de bien para el colectivo, de lo contrario los resultados serán negativos.

Para Enrique Jaramillo Levi (2002) el escritor panameño, Pedro Rivera, recrea fielmente la geografía y las costumbres vacacionales de aquel Panamá de los años 70, época cuando las clases sociales y los roles familiares nucleares eran prácticamente inamovibles, donde dentro del escenario las personas mayores eran en todo momento autoridades, y los críos no podrían, no se les permitía por ninguna razón, desobedecerlos; Rivera recubre de realismo la atmósfera, de *ficción social* la hemos llamado a partir de los análisis de este trabajo, de fondo del cuento "El juego", por ello "el texto posee y transpira verosimilitud, una cualidad que todo escritor serio y consciente de su arte anhela conseguir, ya que [...] no de otro modo se obtiene la vida del cuento" (Pitty, 2005: 25).

Cómo use el adulto ese poder depende en gran medida de los factores de orden cultural y social, en cuya base están los esquemas que se tengan acerca del papel del adulto, de su relación con los niños y en general todo lo que haya en el imaginario colectivo acerca de qué es ser adulto, qué es ser niño, cuáles son las normas sociales respecto a uno y otro, qué está bien y qué está mal – cuestión moral más católica que social en los dos contextos hispanoamericanos, México y Panamá–, qué es socialmente aceptado y qué es rechazado.

En esa visión pueden participar distorsiones cognitivas, pero más bien resultan ser culturales estructuradas, y en el caso de Rivera recrea las prácticas culturales, las cuales "son lo único que puede salvarnos de la aniquilación como especie, es lo que nos hace humanos" (2005: 21), son las palabras que el mismo Pedro Rivera en una entrevista le comentó al intelectual panameño Dimas Lidio Pitty. El adulto acepta, entonces, que hacer sufrir a alguien no está bien, que es reprobable moral y éticamente y será sancionado por su comunidad, pero maltratar físicamente al niño en nombre de una supuesta maldad inherente

al chico, como la historia de Macario de Juan Rulfo a quien hay que domeñar moral, física y sexualmente para evitarle males futuros resulta para su verdugo, Felipa, algo correcto y bien realizable.

Abusar sexualmente del niño aduce que no hay problema para él, porque no se usó la fuerza ni hubo daño físico e incluso porque al niño le gustó el acto. Aunque lo cierto haya sido que el niño no estuvo en capacidad de aceptar o rechazar el evento, pues su nivel de desarrollo cognitivo no le permitió una evaluación integral de dicha situación, es decir, ni siquiera tuvo la conciencia de lo ocurrido. Es por ello que la inocencia es pervertida, corrompida, donde dicha inocencia se entenderá como "lo no dañino, lo no corrupto en lo psicológico y conductual de un sujeto dentro de su actuar" (Oldham, Key, Starak, 1992: 39) en una determinada sociedad.

Por otro lado, a través del proceso de socialización el individuo asume la organización de cualquier grupo, incluyendo el familiar por ser el primario. Y con ello la definición de estatus y de roles de cada miembro del grupo se precisa. Por ejemplo, la socialización permite identificar que alguien manda y otros obedecen, la gran mayoría de los miembros. Este contrato social es la base de toda cohesión y coerción sociales inherentes en casi todo grupo humano. Una vez establecidos los estatus y los roles en los cuales el adulto es quien decide y manda, el niño obedece sólo por falta de madurez intelectual para tomar las riendas de sus actos, conductas y hechos ante la presencia de los otros adultos, por ello la mayoría de las sociedades castigan esas distorsiones o manejos inadecuados para y contra cualquier tipo de abuso, como el de mayores sobre menores, presentes.

A todo ello se le suma que algunas veces el abuso y su posterior corrupción de la inocencia se facilitan ante los más débiles, porque se utilizan medios que resultan atractivos para ellos debido al bajo nivel de desarrollo. Por ejemplo, usa el juego que se sabe resulta significativo para ellos; es algo agradable por eso son más vulnerables. Dicho juego también tiene un papel simbólico, porque representa la preparación inicial del joven para acometer los avatares de, y en, la vida adulta.

En el caso de la tía Paulina, del cuento de Pedro Rivera, con el juego se representa una situación natural de subsistencia. Esto favorece que los niños participen y lo vean como algo normal, pues quizá por un animismo no superado no tienen capacidad para discernir en torno a esas situaciones aparentemente similares entre los animales y ellos: La vaca amamanta a sus terneros porque tiene ubres, y los niños se alimentan al iniciar sus vidas de senos, porque pueden succionar de la leche de sus madres; así la tía trastoca su papel de cuidadora por el de hembra sexualmente activa; ese empalme de eventos nutritivos resultan ese juego-evento de corrupción de la inocencia.

En grupos de tradición judeocristiana uno de los controles más usados es el pensamiento mítico-religioso, tal como ocurría en el caso de "Macario". En el relato panameño la obediencia se logra debido a la intercalación del papel maternal, se recurre al papel de la estructura familiar básica (madre, padre e hijos), la cual marca una subordinación de los sobrinos hacia la tía por ser una pariente cercana y adulta, quien además de ser de edad se le añade que todo lo enmarca en una situación lúdica, pero jerárquica bien establecida.

CONCLUSIONES

En los cuentos estudiados no hay rasgos de buen humor. En ningún momento la lectura estimula reacciones de ese tenor. En el caso de "Macario" si se asoma alguna sonrisa sería conmisericordiosa por las privaciones, las agresiones en los tiempos de la búsqueda de comida, cuando salía y otros niños lo ofendían, por las palabras que no coinciden con su edad cronológica, por cuando describe lo que le hacía Felipa, o sino con aquellas historias narradas de un niño especial lleno de inocencia, tal vez rota por el acto sexual velado de socorro y conmisericordiosidad, y bondad para con sus agresoras.

En este relato rulfiano el lector se entera de los diálogos entre Felipa y Macario, la madrina y Macario, y es a través de la vocalización del adolescente que se sostienen él mismo como personaje, el miedo como sustrato de las conductas, la ideología católica como cobijo del abuso de la madre-amante y, sobre todo, deseo en los tres personajes insatisfecho desde pensamientos en voz alta; las palabras no las hay como diálogo directo, sino como atropellado soliloquio.

En "El juego" la tía les habla a los sobrinos de secretos y ellos responden ante la seducción. La abuela también les habla, pero sus palabras indican que son citadas por el narrador omnisciente, quien conoce hasta los más íntimos pensamientos de los personajes. Los niños no cuestionan las órdenes de la tía y de la abuela. Macario no pregunta por qué debe matar a las ranas, y Juan y Carlos no interrogan el por qué deben sorber de los senos de la tía Paulina, quien ha elegido para sí un beneficio lascivo que no les parece propio, pero les agrada el juego de la vaca y de los terneros.

Así, las inocencias de Macario y de Juan y Carlos lejos de ser límpidas y paradisíacas son polutas y degradadas; están de nuevo dentro de un Paraíso invertido donde ellos salen expulsados. El Macario inocente se transforma en un cuerpo «repleto por dentro de demonios»; las ranas en vez de croar desde un estanque o río de aguas cristalinas emergen del alcantarillado, de las inmundicias del pueblo (Cantú, 1982). Carlos y Juan no son perturbados en apariencia, pero

son corrompidos en lo físico de sus cuerpos y en lo moral por la adulta deseosa de goce voluptuoso.

Por tanto, a pesar que en el protagonismo hay niños, no son los cuentos para niños, y quizá ni siquiera para todo público; reclaman lectores especializados, porque si al leer no se quiere pasar de la simple anécdota al centro temático del abuso y la corrupción de la inocencia será mejor dejar de ser lectores. La corrupción de la inocencia resulta, por tanto, reproducida en ambos contextos. Quizá el atropello sufrido por los infantes también lo toleraron las mujeres en sus pasados cuando niñas, volviéndose así personas maternas y amorosas, pero al mismo tiempo están ávidas de caricias sensuales, quienes resultaron ser al final de las historias más vulnerables aun que los críos, debido a su ingenuidad y ansiedades de mayores de edad.

Las injusticias físicas y morales en ambos relatos tuvieron significados sociales y culturales relevantes entre sí. Cabe concluir que el porcentaje de abusos sexuales a menores es más mayor en los núcleos familiares primarios. La misma socialización hace que los niños se apropien de una cosmovisión de protección, y acepten los hechos establecidos como indiscutibles que aumentan el poder (velado para ellos y evidente para los adultos). La existencia de lugares de castigo -el Purgatorio, el Infierno- a donde irán a parar quienes no obedezcan, ya sean Carlos, Juan (en el caso panameño) y Macario (en el relato mexicano) transige cuestionamientos religiosos, donde el adulto señala lo que debe ser acatado sin chistar por los de abajo; así se procuró con este trabajo determinar el grado de relación narrativa y cultural entre los escritos y los contextos sociales mexicano y panameño.

BIBLIOGRAFÍA

- CALDERÓN NOGUERA, D. F. (2010). "...Mejor seguiré platicando..." El habla en Macario de Juan Rulfo, en *Cuadernos de Lingüística Hispánica* N. 5, enero-junio. Bogotá, Colombia.
- CANTÚ, R. (1982). El relato como articulación infinita: «Macario» y el arte de Juan Rulfo, en *La Palabra en Revista de Literatura Chicana*, 4-5 (12). Recuperado de: http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/la-palabra-revista-de-literatura-chicana--2/html/1bc3bde7-8970-4e30-8ce5-643a3cff773d_21.html.
- GROSSER, (1973). *Método comparativo, procedimientos de la comparación sistemática*. Kölh: Universidad de Heidelberg.
- HILL, Diane E. (2010). Integración, Desintegración e Intensificación en los Cuentos de Juan Rulfo, en *Revista Iberoamericana*. The United States of America: University of Pittsburgh.
- JARAMILLO LEVI, E. (2002). *Un nombre en la literatura panameña*. Panamá: Universidad de Panamá.
- JIMÉNEZ DE BÁEZ, Y. (1989). *Destrucción de los mitos, ¿posibilidad de la Historia? "El llano en llamas"* de Juan Rulfo. México: El Colegio de México.
- LYON, T. E. (1999). *Motivos ontológicos en los cuentos de Juan Rulfo*. The United States of America: Brigham Young University.
- MENTON, S. (2001). La búsqueda de la identidad nacional en el cuento panameño, en *Revista Iberoamericana*. The United States of America: University of California, Irvine.
- Nueva Biblia de Jerusalén* (1998). Revisada y aumentada. Bilbao: Desclée De Brouwer.
- OLDHAM, J.; Key, T.; Starak, Y. (1992). *Risking Being Alive*. New Zealand: Joshua Books.
- PETTY, D. L. (2005). *Pedro Rivera: Acercamiento sinóptico en tres cuadros*. Bocas del Toro, Panamá: Universidad de Panamá.
- RIVERA, P. (1972). El juego, en *Peccata minuta*. Panamá: Ediciones Librería Universitaria.
- RULFO, J. (2010). Macario, en *El llano en llamas*. México: Fundación Juan Rulfo.